

# DIEZ TENDENCIAS GLOBALES Y SU IMPACTO PARA EL MEDITERRÁNEO

**EDUARD SOLER I LECHA**

Investigador sénior de CIDOB (Barcelona Centre for International Affairs)

2020 tenía que ser un momento de celebración e impulso de las relaciones euromediterráneas. Como en tantas otras cosas, la pandemia alteró estos planes y obligó a rebajar expectativas. Por muchos esfuerzos que le dedicara el gobierno de España, la Secretaría de la Unión por el Mediterráneo y las dos copresidencias, el año termina con una sensación de aplazamiento. Sin embargo, la pandemia ha actuado como un potente acelerador de tendencias y, por consiguiente, la revisión de la agenda y de los instrumentos no puede esperar mucho tiempo. Esta breve contribución señala diez de las principales tendencias globales y valora su impacto para las relaciones euromediterráneas.

**Conectividad.** El control de las infraestructuras y de puntos estratégicos para el tráfico de bienes, datos, energía y personas es hoy fuente de poder y de prestigio. Esta es una de las razones por las que el Mediterráneo está recuperando centralidad. Es la región que conecta tres continentes (Asia, África y Europa) pero también el enlace entre el Atlántico y el Índico a través de Suez y el Mar Rojo. Hoy en día las infraestructuras en el Mediterráneo son un ámbito en el que compiten poderes globales y regionales. ¿Es posible convertirlo en un terreno de cooperación?

**Digitalización.** La pandemia ha acelerado rápidamente los cambios en los hábitos de consumo, reforzando aún más el proceso de digitalización iniciado años atrás. Entre las muchas consecuencias de esta transformación es la aparición de una enorme brecha entre países, sociedades y sectores que pueden adaptarse y beneficiarse de estos cambios y los que quedan rezagados. La agenda de cooperación euromediterránea deberá incorporar esta nueva realidad para que permee en temas tan distintos como la educación, la regulación, el apoyo al emprendimiento o la cohesión territorial.

**Degradación medioambiental.** El cambio climático es una de sus manifestaciones más evidentes, pero no es la única: sobreexplotación de recursos finitos, polución o pérdida de biodiversidad. Por sus características geográficas, así como por las tendencias demográficas en los países de la orilla sur, el Mediterráneo es uno de los espacios del planeta más vulnerables. Este es uno de los ámbitos donde la crisis de la covid-19 puede dejar huella. No son pocos los que se preguntan si la climática es la siguiente gran crisis, como si la pandemia hubiera sido una especie de ensayo general. Además, la crisis sanitaria ha demostrado que cuando se toma conciencia de la urgencia se pueden cambiar hábitos y trabajar conjuntamente para encontrar soluciones.

**Descarbonización.** En parte por la conciencia ambiental, pero también por los grandes avances tecnológicos en energías limpias, el proceso de descarbonización se acelerará en los próximos años. Muchos países del Norte de África y de Oriente Medio han basado sus sistemas económicos y de protección social en la explotación de hidrocarburos y tendrán que acelerar los planes de diversificación económica en un plazo relativamente corto de tiempo. Otros países -generalmente aquellos importadores de energías fósiles- están viendo estos cambios como una oportunidad. Hace años que in-

vierten en energías renovables y más recientemente en planes para la producción y transporte de hidrógeno verde.

**Desigualdad.** En el Mediterráneo se concentran todas las desigualdades. Hace unos años la atención estaba fijada en la desigualdad norte-sur y se decía que el Mediterráneo era una de las “fronteras” con más desigualdad de renta entre ambas orillas. En 2011, con las primaveras árabes en el sur y los indignados en el norte, se puso el foco en la desigualdad generacional, con unos jóvenes frustrados y abocados a empleos precarios. También se ha ido tomando conciencia de la desigualdad dentro de cada una de las sociedades, entre hombres y mujeres, entre espacios urbanos y rurales y entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco. El informe sobre la desigualdad mundial señalaba Oriente Medio como la región más desigual del mundo. Con la pandemia todas estas desigualdades se han agravado y es imprescindible que la agenda de justicia social e inclusión tenga un mayor espacio en las relaciones euromediterráneas.

**Urbanización.** Este es un fenómeno de alcance global, pero que es especialmente rápido en los países de Oriente Medio y el Norte de África. Cairo es hoy unas de las metrópolis más pobladas del mundo, con 20 millones de personas. En 1950 era diez veces menos. El rápido crecimiento de las ciudades genera retos de gestión para los que muchas ciudades - especialmente las del sur y este del Mediterráneo - no tienen ni los recursos ni las competencias adecuadas. Además, las ciudades son el espacio donde se manifiestan con más intensidad muchas de las tendencias que estamos enumerando en este texto y, por consiguiente, pueden ser el epicentro de nuevas crisis o el laboratorio de las soluciones.

**Movilidad internacional.** Este fenómeno tiene dos caras. Por un

lado, la movilidad voluntaria, en forma de turismo, viajes de negocios o intercambios educativos. Por el otro, la movilidad forzada bien sea por la falta de oportunidades económicas o por el estallido de conflictos. En el Mediterráneo se dan los dos. La pandemia ha supuesto un paréntesis y es probable que cuando se extienda la vacuna se recupere una parte importante de la movilidad voluntaria perdida y debería ser un momento para revisar mejoras en la política de visados o en la sostenibilidad de los modelos turísticos. Respecto a la inmigración irregular y los refugiados, el desafío no ha hecho más que aumentar, especialmente en un momento en que algunos conflictos congelados empiezan a derretirse y se degradan de las condiciones de vida a raíz de la pandemia. Todo indica que la gestión de las migraciones seguirá condicionando la agenda política y social si no se encuentran mecanismos adecuados para mejorar la gestión de los flujos y para corregir las causas que generan estos movimientos.

**Fragmentación.** El Mediterráneo es una región donde se solapan viejos y nuevos conflictos, donde afloran viejos agravios y donde, tanto en el norte como en el sur, surgen movimientos identitarios excluyentes. Esta fragmentación de las sociedades, que en algunos casos toma forma de polarización, es una tendencia a escala global y uno de sus efectos es que no genera las condiciones más adecuadas para que florezca una voluntad de cooperación. En estas circunstancias, explotar el miedo tiende a dar más réditos que señalar oportunidades. Una vez más, aquí se dan distintas líneas de fragmentación: norte-sur, entre países y dentro de cada uno de ellos. La cooperación mediterránea ha de ser consciente de esta realidad y, en la medida de lo posible, ofrecer un relato alternativo que ponga en valor aquello que une a los países y sociedades mediterráneas.

**Multipolaridad.** El mundo es más multipolar y esta región no es una excepción. Rusia ha vuelto al Mediterráneo. China está cada vez más presente. Potencias regionales como Turquía despliegan una política cada vez más asertiva y los países del Golfo han proyectado su rivalidad en toda la región. En este mediterráneo multipolar, la capacidad de la Unión Europea para definir las reglas de juego se ha visto erosionada. Esta multipolaridad no se ha traducido todavía en un intento por articular mecanismos multilaterales de resolución de conflictos como el que España e Italia sugirieron a principios de los 90 (la nonata Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en el Mediterráneo) sino más bien en una competición entre posiciones unilaterales y una agravación de las dinámicas de conflicto en la región.

**El peso de África.** Mientras que el Mediterráneo genera preocupación e incluso frustración, África se proyecta como el gran continente en crecimiento, en el que emergen oportunidades y donde todo el mundo quiere estar. Esto tiene ventajas, pero también inconvenientes, ya que África se convierte en un terreno abonado para la competición geopolítica. En todo caso, el aumento del peso demográfico y económico de África modifica la atención de los decisores políticos del norte y el sur del Mediterráneo. Situar el Mediterráneo como nexo entre los dos continentes es una de las posibles estrategias para revitalizar las relaciones euromediterráneas y para generar una agenda positiva.

En 1995 se puso en marcha una agenda de cooperación articulada en tres cestos: el político, el económico y social. Los objetivos de entonces siguen siendo válidos, pero el contenido de estos cestos ha de reflejar los desafíos de una realidad nueva.